

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han hecho estos días los periódicos una campaña en pro del casticismo, no sólo en el lenguaje, sino en la indumentaria.

Se ha tronado contra los rótulos extranjeros, en tiendas de Madrid, y se ha preconizado la capa nacional, vulgo pañosa.

Por lo que hace a la capa, los pareceres están divididos. Hay quien encuentra que no preserva del frío, y sólo abriga la punta de la nariz, cuando va subido el embozo.

En cambio, bien puede asegurarse que hay en la capa algo de romanticismo español, y no en balde el actualmente homenajeado (fea palabra, para mi gusto) señor de Cervantes, encarnó el buen sentido y el equilibrio en un caballero que vestía gabán.

La capa es la compañera de las aventuras; la que ayuda a esconder el rostro y el cuerpo de los furtivos galanes, en las nocturnas escapatorias y andanzas; la que con gracia y donaire se ciñe al tronco de los buenos mozos, y la que mejor hace resaltar la elegancia de un frac y de una fina, blanca pechera, si la adoptan los muchachos de la buena sociedad, como *salida de baile*.

Habría, pues, que dar un voto favorable a la capa, desde el punto de vista artístico, y decretar hasta de real orden su uso, si estuviésemos en los tiempos en que oficialmente se disponía cómo era preciso vestirse. Hoy, ¡qué diantre!, cada cual estornuda cuando y como quiere...

Unicamente las influencias de la moda, tal vez, lograrán entronizar la capa, como se entronizó en París, en tiempos de Balzac, el *manteau à la Quiroga*. Prueba que la capa es prenda de carácter pintoresco, lo mucho que agrada a los extranjeros cuando vienen a Madrid.

No olvidaré nunca el efecto de risa que nos hizo, a mi pobre amiga Julia Osuna y a mí, encontrarnos en la calle al escritor portugués Ramalho Ortigao, rebozado en la pañosa más típica que he visto nunca, una pañosa de los barrios bajos, toda atrevida, más torera que Belmonte.

Venia Ramalho a Madrid con una misión de su gobierno, y en cuanto avistó la capital de las Españas, le faltó tiempo para comprarse la prenda. Verdad que un portugués apenas es un extranjero; un forastero, a lo sumo...

En cuanto al pleito del lenguaje, la introducción de voces extranjeras en nuestra habla, los rótulos en gringo, y otros abusos, desde luego estoy contra ellos, aunque los considero malos de desterrar.

Así como nosotros, cuando éramos vencedores, dejamos sembrados por todas partes los vocablos ibéricos, Europa, que hoy nos vence en adelanto y en pujanza, nos inculca sus locuciones y denominaciones. No podemos eximirnos de decir, por fignón, *bar*; por fonda, *hotel*; por pastelillo, *petit chou*; por minuta, *menu*, y por bocadillo, *ordubre*...

Y si esto nos pasa con nombres de cosas que ya eran sobradamente conocidas entre nosotros, ¿qué será cuando se trate de las enteramente nuevas, para las cuales no existe vocablo castizo?

Claro es que, si no existe, hay que inventarlo... Sólo que no vale rectificar.

La gente se acostumbra en dos días a la palabreja de fuera, más o menos estropeada.

Ved, por ejemplo, lo que ocurre con la palabra *chauffeur*... Seguro que nadie dirá *meánico*, lo cual es a todas luces castizo. De cien personas, noventa y nueve dirán *chófer*, así como lo escribo.

Reconozco que no son mecánicos, propiamente hablando, todos los *chauffeurs*.

Muchos pueden guiar, y no entienden la máquina, ni saben componer lo que en ella se descompone. Para casos tales propongo la palabra *conductor*. Conductor es el que conduce.

Apuesto a que *chófer* seguirán diciendo las nueve y media décimas partes de los españoles.

Desde luego que si Cervantes resucitara, se quedaría en ayunas de muchísimo de lo que escuchase.

Las palabras que en su tiempo no se conocían y hoy se usan, le sorprenderían, a pesar de que en el siglo XVII se empleaban italianismos, y hasta galicismos empleó él nada menos que en el propio *Quijote*.

No dejaría de tener que preguntar la significación de microbio, bicarbonato, radioactividad, toxinas, microscopio, anemia, neurosis, vesania, fobia, filia, aeronave, automóvil, bencina, carburo, diabetes, albuminuria, edema, tuberculosis, masaje, vegetarianismo, astenia, y bastantes más, a pesar de que tales vocablos se derivan del griego y del latín, y por consecuencia nadie tiene que decirles nada en cuanto a su alcurnia; y le sonarían peor otros también usuales, y directamente extranjeros, como *variétés*, *cordon bleu*, *paté foie gras*, *puré*, *tournedos*, *rally paper*, *golf*, *fox terrier*, *antiderapante*, *kiosco*, *corsé*, *fané*, *five o'clock*, *sandwichs*, *recital*, *suite*, *tennis*, *play*, *polo* (en el sentido de juego y de gorriño que usan las señoras), *glasa*, *salsifis*, *haricots*, *encas*, *chotis*, y cien mil que omito.

Y es que a las cosas designadas meramente con su nombre extranjero, más o menos desfigurado, parece como si se les encontrase un sabor particular, un retoque de distinción y (otro extranjerismo usual) de *alta vida*.

Un señor, habituado a pedir, a los postres, una copa de aguardiente blanco de su cosecha, fué un día amonestado por lo vulgar de tal costumbre, y entonces exclamó, en tono imperativo:

— ¡Que me traigan mi copa de *gin*!

Gin suena mejor que aguardiente; *porte claret*, es más chic que sangría; *paté de venaison*, se burla de sus congéneres, aquellos pasteles de los cuales decía Quevedo:

Pastel hubo que arañó
al que lo estaba amasando,
y carne que oyendo: ¡zape!
saltó cubierta de caldo.

No cabe duda. No es lo mismo, no, señor, bata que *deshabillé*; zapatillas que *mules*; dije que *porte bonheur*; callos que *tripas*; Rivero que *Macon*; Rueda que *Sauterne*, y capón de Galicia que *pularda del Mans*...

El tufillo exótico de la palabreja mejora en tercio y quinto el artículo.

En los *restaurantes* — ¡otra que tal baila! — que son de los mayores corruptores del idioma, por cierto, se ha dado en llamar *mil hojas* (del francés, *mille-fouilles*) a la hojaldre; *bar*, a la merluza; *rosbif*, a la buena carne asada; y hasta en una fonda de las de más *tronío*, me sirvieron, por *abatis de dindon*, el humilde conejo que en remotas edades daba nombre a España (*cunicularia*, como habréis visto en las Geografías).

A fuer de cocinera de afición que soy, he combatido todas esas adulteraciones innecesarias del idioma; rezar y comer, en castellano.

Lo peor es que ni aun es francés o inglés lo que substituye al habla de Cervantes (y de muchos maestros que con él la formaron y engrandecieron). No saben la mayor parte de los cocineros de fonda, y aun de casa grande, palabra de la lengua de Racine, y menudean desatinos que es un primor.

He asistido al reparto de premios a los alumnos y alumnas de taquigrafía, en la Sociedad Económica de amigos del país, benemérita y veterana institución que procede de los tiempos en que se inició en España un movimiento regenerador y progresivo con los primeros monarcas de la Casa de Borbón. Queda de aquel origen, en la Sociedad, un entusiasmo por la cultura y un deseo de hacer el bien que no en todas partes se observan, y una caballerosidad que les impulsa a interesarse por la mujer, a querer mejorar su suerte.

Así, en el reparto de premios, la atención se concentraba en las alumnas, y se les deseaba un porvenir, modesto, pero honrado y positivo, logrando, con su trabajo, combatir esa negra miseria que acecha a la mujer de la clase media española, tan resignada, tan laboriosa, como falta de maneras de ganarse el pan.

Era un plantel de muchachas entre doce y diecisiete años, bonitas casi todas, bien arregladas, con encanto natural, peinadas no sin cierta inocente coquetería, sonrientes, que recibían el diploma con gratitud.

Aquel diploma podía, tal vez, ser el primer paso de una carrera digna, acaso el medio de dar a la madre enferma cuidados y medicamentos, a los hermanitos chiquitines una protección...

Mundos de sentimiento se esconden detrás de estos repartos de premios, en apariencia formulistas y sin trascendencia.

El director de Primera Enseñanza, elocuente, les habló de un modo eficaz, suscitando esperanzas. Mañana podrían hacer oposición a plazas de taquígrafas y mecanógrafas...

Yo, mientras tanto, pensaba en una idea que hace tiempo me acosa. La aspiración de la mujer a conquistarse un modo de vivir, a luchar por la subsistencia, tropieza, en la clase media, con un obstáculo: el modo de vivir tiene que ser, por lo menos, decoroso...

¡Ah! ¡El decoro! ¡Grillo a los pies, esposa a las manos! ¡Soga que se lleva al cuello, sin acertar a desatarla!

Una señora, una señorita, no pueden ponerse a hacer esto, aquello ni lo otro; el decoro se lo impide. Sería inútil protestar de que el decoro sólo debiera impedir las acciones vergonzosas, malas en sí.

Cada vez que veo una familia sin grandes recursos y muy numerosa, se me ocurre que las muchachas, dotadas de inteligencia y con voluntad, podrían (a pesar de las restricciones que las leyes imponen a la actividad de la mujer, vedándole tantos puestos injustamente) obtener colocaciones útiles y fructuosas, a no existir la cortapisa del decoro. El decoro es como aquella cadenciilla que obligaba a las vírgenes fenicias a caminar lentamente, a no avanzar el paso...

¡Si no fuese por el decoro!

Ved los anuncios del *A B C*: «Una señora desea dirigir una casa como ama de llaves.» «Una señora o señorita se ofrece a acompañar... a viajar con otras señoritas.» El caso es que en la petición de trabajo se salve el decoro. Pues bien, yo quisiera leer este anuncio: «Una señorita se ofrece para cocinera; sabe muy bien su obligación.» El sueldo de una buena cocinera es elevado; donde les ponen pinche, hasta la labor no resulta excesiva. ¿Por qué ha de ser más decoroso sacar de la despensa los garbanzos, que arrimarlos a la lumbre?

Otro oficio remunerador, es el de jardineras y hortelanas. Si no me equivoco, en Inglaterra, en los jardines de la Reina Victoria, el trabajo lo hacían mujeres. No diré que destripen terrones, aunque, en mi país, las mujeres lo hacen con sumo garbo; pero la cultura de jardín y huerta es generalmente delicada, entre las manuales. El cuidado de los invernaderos hasta puede calificarse de filigrana. Reproducir las plantas escogidas, desgajando esquejes, o sembrando semillas menudas; preparar el terreno, haciéndolo blando y jugoso; regar las flores; colocarlas en platabandas y arriates; arrancar y escardar las malas yerbas; disponer las plantas al trasplantarlas, situándolas con simetría e inteligencia, para que no se dañen las unas a las otras; podar los árboles y arbustos, sujetar las enredaderas, tutorar las hortalizas, suprimirles follaje para que maduren, recoger simiente — todo ello no es superior al poder de un brazo femenino —. Lo mismo que hacen bordaditos que les estropean los ojos, podrían hacer el lindo trabajo de la mosaicultura, combinando flores con follajes, y dibujando en el suelo las grecas de púrpura del *achirantes werschafeltia brillantissima*, o los reales azules de la lobelia...

¡Y cuánta salud, en esta profesión, que llena los pulmones de aire puro, que fortifica los músculos, que tonifica todo el organismo de la mujer!

Por eso lamento que el decoro de las señoritas sin fortuna les vede esta ocupación y otras, si no tan bellas no menos útiles. Respeto, naturalmente, todas las preocupaciones que no comparto; pero me gustaría que así como Bernardino Machado, el ilustre presidente de la República portuguesa, al preguntarle a qué iba a dedicar a un hijo suyo, me contestó que a agricultor; los padres de muchachas, honestas y sin probabilidades de colocación, por el concilio de Trento, respondan algo por este estilo:

— ¿Juanita? A cocinera. ¿Soledad? A confitera. ¿Paquita? A hortelana. ¿Conchita? A peinadora. ¿Úrsula? A primera doncella, para lo cual está aprendiendo a planchar y limpiar encajes y joyas, a peinar muy bien, a saber cómo se cuelgan los trajes, y se preservan las pieles, a reformar algún sombrero, y a todo lo que concierne al tocador y vestimenta de una gran señora...

No espero nunca oír tales frases, porque el decoro... ¿Se hace usted cargo?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.